

LAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL SIGLO XVIII: EL DESCUBRIMIENTO DE LAS CIUDADES DE HERCULANO, POMPEYA Y ESTABIA

María del Carmen Alonso Rodríguez

En pocas ocasiones se podrá repetir la circunstancia del descubrimiento casi íntegro de una ciudad antigua como el que tuvo lugar en el siglo XVIII cuando se sacaron a la luz los primeros restos de las ciudades sepultadas por el Vesubio en el año 79 de la Era. Ciertamente que el hallazgo de edificios casi intactos, objetos de arte, de mobiliario y de la vida cotidiana supuso un inmenso avance para el conocimiento de la antigüedad, que se venía estudiando con interés desde el Renacimiento, pero lo más significativo y quizá lo que mayores repercusiones habría de tener en múltiples aspectos, fue el descubrimiento de unas ciudades que habían quedado inesperadamente paralizadas en la catástrofe.

Es decisivo para entender estos descubrimientos enmarcarlos en el contexto cultural y político de la Europa del XVIII y sobre todo del Reino de las Dos Sicilias. La llegada de Carlos de Borbón, y sin duda también el interés de su esposa María Amalia de Sajonia, propician un impulso y sistematización de excavaciones que ya se habían iniciado de manera esporádica y con menos recursos de los que se ponen a partir de ahora. Este incremento de los trabajos aporta desde el primer momento un caudal de información decisiva para el estudio de la Antigüedad cuyas consecuencias son difíciles de valorar de manera exhaustiva, pero que nos permiten hacer algunas reflexiones particularmente sobre las circunstancias en que se llevan a cabo los trabajos, los motivos que los impulsan y el impacto que producen, no sólo entre los ilustrados, sino también en las artes e industrias del momento.

Desde 1735 en adelante la atención de los estudiosos europeos está pendiente de los descubrimientos arqueológicos que tienen lugar en las proximidades de Nápoles. Mucho más desde el momento en que una inscripción encontrada en los trabajos subterráneos de Regina lo convierten en uno de los mayores acontecimientos culturales del XVIII, al confirmar que se trata de la antigua ciudad de Herculano. En tal sentido es muy expresivo el comentario de Maffei en 1747, en el que subraya el hecho de que no se trata del hallazgo de un objeto aislado o los restos de algún edificio como los que habitualmente se encontraban en otros

lugares o en la misma Roma. Lo que realmente le fascina es tener la posibilidad de ver íntegramente una ciudad con sus casas, sus calles, y todos los pormenores que ilustran la vida doméstica y urbana del siglo I de la Era: *O qual grande ventura de giorni nostri è che si discopra non uno o altro antico monumento, ma una città!* (1).

La dinastía borbónica, recién instaurada en el reino de las Dos Sicilias, es plenamente consciente de la repercusión de estos hechos y, por primera vez, se plantea un proyecto arqueológico de tal magnitud: la excavación de una ciudad. Movido por ello, y personalmente interesado por los constantes descubrimientos, Carlos de Borbón financia durante todo su reinado napolitano la excavación de los tres yacimientos, la exploración de otros en distintos lugares del reino, la restauración, publicación y estudio de los materiales arqueológicos y la creación de un museo en Portici, donde poder conservarlos. Con ello comienza a surgir por vez primera una actividad organizada en la que se ponen en práctica buena parte de los métodos de trabajo que habrían de consolidarse posteriormente en los trabajos arqueológicos. Más tarde, desde España, Carlos III sigue con enorme interés la progresión de los descubrimientos, lo que da lugar a una abundantísima correspondencia de Tanucci informándole puntualmente de su desarrollo y vicisitudes (2).

Hay que subrayar el hecho de que hasta el momento de la aparición de Herculano y Pompeya, el repertorio de monumentos del mundo clásico estaba constituido por los edificios públicos que habían sobrevivido desde época romana y por los restos de construcciones que iban apareciendo. Sin embargo, a partir de ahora se comienza a tener una abundantísima información acerca de la ciudad romana en todos sus pormenores edilicios y de organización.

Otro tanto ocurre con las pinturas murales, que estaban hasta este momento escasamente representadas en las grandes colecciones, y que se convierten en una de las grandes novedades que aportan estas ciudades de la Campania. Así se explica la gran impaciencia y las abundantes críticas con que se siguieron los trabajos de excavación en Herculano, Pompeya y Estabia por parte de quienes no estaban participando directamente en ellos, o se les permitía el acceso de una manera limitada.

Lo cierto es que, con limitaciones o sin ellas, la noticia y la repercusión de estos descubrimientos hacen de Nápoles en poco tiempo la segunda ciudad de Italia donde poder conocer la vida y arte de los antiguos. En virtud de ello se convierte desde entonces, después de Roma, en una de las estaciones obligadas del *Grand Tour*. La comparación entre ambas ciudades es inevitable, y sobre todo la forma distinta en que son percibidas por los viajeros: *Roma es un vasto museo: Pompeya es una antigüedad viva* (3).

(1) F. Zevi: "Gli scavi di Ercolano" en *Civiltà del '700 a Napoli (1734-1799)*, Nápoles, 1980, vol. II, p. 61.

(2) Son abundantes los consejos reales sobre asuntos relacionados con las excavaciones, el museo y la publicación de las *Antichità*; ver entre otros M. F. Represa, *El Real Museo de Portici (Nápoles) 1750-1825*, Valladolid, 1988, pp. 22, y 36-39.

(3) Carta de Mr. Taylor a Mr. Ch. Nodier sobre las ciudades de Pompeya y Herculano; en Chateaubriand, *Viaje a Italia*, Madrid, 1854.

LAS EXCAVACIONES EN HERCULANO, POMPEYO Y ESTABIA

Los trabajos impulsados por Carlos de Borbón tienen unos antecedentes inmediatos en los que había realizado entre 1711 y 1716 el príncipe de Elbeuf, quien con la ayuda del arquitecto napolitano Giuseppe Stendardo, extrajo del pozo Nocerino en Portici una serie de esculturas romanas que posteriormente trasladó a Austria (4). Sin embargo, aunque la calidad de los mármoles y de las piezas era considerable, no siguió las labores debido a que la recuperación de esculturas y de los restos arquitectónicos era sumamente difícil y por ello excesivamente costosa para un particular.

Habían de pasar algunos años hasta que Carlos de Borbón compra como lugar de recreo la finca de Portici, que había pertenecido al príncipe de Elbeuf. A partir de ahora comienzan las obras de acondicionamiento del lugar, en las que trabajaban un grupo de ingenieros militares. Uno de ellos, Roque Joaquín de Alcubierre, enterado de que en la zona salían restos antiguos, solicita permiso real para hacer algunos sondeos.

Con pocos medios y un par de hombres, Alcubierre empieza a trabajar en el pozo Nocerino en el mes de octubre de 1738 (5). Poco después, en el mes de enero, se produce un descubrimiento espectacular: sale a la luz una inscripción que Venuti, director de la Real Biblioteca y del Museo Farnese, identifica como perteneciente al teatro de Herculano (6).

Las características topográficas de Herculano, cubierta por una densa y compacta capa de lava, y el hecho de tener dos poblaciones modernas superpuestas, hicieron extremadamente difícil la excavación. El sistema seguido por este ingeniero fue el mismo que el empleado en las minas, es decir, va haciendo túneles que entiba durante el curso de los trabajos, y posteriormente los rellena para poder abrir otros nuevos. El trabajo subterráneo se organiza mediante cuadrillas que van progresivamente en aumento, de tal forma que unos obreros se especializan en la ampliación de las galerías sin dañar los edificios y procurando extraer los objetos que se iban hallando, otros en el transporte de la tierra hasta el pozo de comunicación con la superficie, y un tercer grupo en el funcionamiento del torno o cabrestante con el que se extraía continuamente la tierra y por el que bajaban los propios obreros y diariamente el mismo Alcubierre.

Sin dejar de excavar en Herculano, las noticias de la existencia de otra población antigua, con hallazgos esporádicos de elementos arqueológicos y los restos

(4) Conde Corti: *Muerte y resurrección de Pompeya y Herculano*, Barcelona, 1958, pp. 117-118.

(5) Real Orden de 13 de octubre de 1738 en que se autorizan los trabajos. F. Fernández Murga, "Roque Joaquín de Alcubierre, descubridor de Herculano, Pompeya y Estabia". *AEA* XXXV, 1962, p. 9.

(6) L. ANNIVS, L.F. HAMMIANUS RVFVS. II. VIR QUINQ(VE) THEATR(VM) ORCHES(TRAM). DE. SVO. P. NVMISIVS P.F. AR. F. *Cil* X, I.443; F. Fernández Murga, *op. cit.*, 1962, p. 10.

visibles en superficie de construcciones, conducen a la localización de un nuevo yacimiento en 1748 (7); inicialmente se supone que es Estabia y, más tarde, en 1763, será identificado como Pompeya.

Al año siguiente, en 1749, la exploración de unas ruinas próximas a Gragnano dan finalmente como resultado el descubrimiento de Estabia. Estos hallazgos animan a seguir haciendo prospecciones, y así se localizan nuevos yacimientos en Pollena, Sorrento, Torre de Gaveta, Pozzuoli, Cumas, Fusaro, Mercato di Sabato y en Bosco de Tre Case (8).

Todas estas excavaciones estuvieron siempre dirigidas por ingenieros militares capaces de topografiar adecuadamente tanto las galerías como el exterior y de elaborar planos e informes que documenten la marcha de los trabajos. La costumbre establecida consistía en redactar un informe semanal y pasar al plano la posición de los restos arquitectónicos y la orientación y dimensión de las galerías (9). Como ejemplo de este tipo de informes, que recibía el rey a través de sus ministros, podemos citar el que en 1739 Alcubierre envía a Salas: "*el plano que difícilmente he podido formar de las grutas y edificios del Theatro antiguo a Resina; en cuya explicación observara V.E. el lugar fijo donde se han encontrado las inscripciones, estatuas, columnas, metales, y otras piedras halladas en estas excavaciones*" (10). Estamos así ante uno de los primeros ejemplos de la recogida de datos de campo de manera ordenada en los estudios arqueológicos.

Es de subrayar el hecho de que estos ingenieros no siempre tienen una especial formación en el conocimiento de la Antigüedad, pero esto no se consideró un inconveniente para la misión que se les había encomendado. Esta fue, durante los primeros años (11), la de subir a la superficie los objetos antiguos e informar de las características de los edificios que se estaban explorando, al tiempo que se responsabilizan de la seguridad de las galerías subterráneas y de las construcciones que tenían encima. El primero en dirigir las excavaciones es, como hemos dicho, Roque Joaquín de Alcubierre, quien se mantiene al frente de las mismas desde 1735 hasta su muerte en 1780. En este tiempo hay que reseñar un paréntesis de cuatro años, desde 1741 hasta 1745, en que se aparta por motivos de salud. Durante este tiempo es sustituido por los también ingenieros Francisco Rorro (12) y Pedro Bardet, el segundo de los cuales se interesa por la topografía del exterior y solicita permiso para realizar un plano de la zona (13). Más tarde, en 1750 se incorpora otro ingeniero militar, Carlos

(7) Real Orden de 28 de marzo, autorizando las excavaciones. F. Fernández Murga, *op. cit.*, 1962, p. 16, n. 45.

(8) M. Fernández Murga: *op. cit.*, 1962, p. 19; M. F. Represa, *op. cit.*, 1988, p. 48.

(9) M. Ruggiero: *Degli scavi di Stabia*, Nápoles, 1881, pp. VI-VII y 108-109.

(10) F. Fernández Murga: *op. cit.*, 1962, p. 12.

(11) M. F. Represa: "Las primeras excavaciones borbónicas en Pompeya, Herculano y Estabia", *Revista de Arqueología*, 1987, pp. 41-51.

(12) El ministro Salas se queja de que Rorro recupera pocas esculturas. F. Fernández Murga, 1964, *op. cit.*, p. 13.

(13) F. Zevi: "Gli scavi di Ercolano", *Civiltà del '700 a Napoli (1734-1739)*, Nápoles, 1980, vol. II, p. 61.

Weber, que desarrolla una intensa actividad en el levantamiento de planos y mediciones topográficas (14), hasta el punto de que en cierta ocasión Carlos III se queja desde España a su ministro Tanucci de la excesiva dedicación de Weber a tal actividad (15). A su muerte en 1764 es sustituido por Francisco de la Vega, quien permanece igualmente durante largos años en las excavaciones, primero como colaborador y más tarde como director.

La dirección Alcubierre dio lugar a críticas por parte de algunos anticuarios y viajeros que no compartían en ocasiones los métodos empleados para la extracción de los numerosos objetos de toda índole que estaban siendo encontrados (16). Quien más duramente se expresa en este sentido es el historiador del arte Johann Joachim Winckelmann (17), que se desplazó a Nápoles en cuatro ocasiones para visitar las excavaciones. Bien es verdad que es la primera vez en la Historia que se organiza de una manera sistemática la recuperación de una ciudad sepultada, con toda la complejidad de las circunstancias que se dan muy particularmente en Herculano. Esta falta de experiencia previa, y la ausencia de un plan de trabajo definido y de una dirección clara que coordine los resultados dañarían la imagen de las excavaciones fuera de Nápoles.

Tiene gran importancia en el desarrollo de todo el plan de recuperación de los lugares sepultados por el Vesubio el interés del rey, que sigue oficialmente la marcha de los trabajos a través de sus ministros, quienes le hacen llegar los informes semanales interiormente citados. Este interés personal hace que diariamente se haga llevar a sus habitaciones una selección de las últimas antigüedades descubiertas y que Tanucci le había de ilustrar brevemente (18). En este y en otros temas, Carlos de Borbón encuentra así en Tanucci un colaborador capaz de asesorarle y de hacerse responsable de la política cultural de Nápoles e interesado por su difusión en el extranjero. Como primer ministro y después como regente del reino orientará todos los descubrimientos y su aportación a la comunidad científica en beneficio del reino de las Dos Sicilias y de su rey. Por ello la presión del mundo ilustrado por conocer los resultados de las excavaciones, y las críticas, a veces razonables, serán interpretadas como ingerencias en un asunto de Estado.

LOS MUSEOS Y LAS COLECCIONES

El deseo de convertir Nápoles en sede de una corte que esté a la altura de las

(14) Ingeniero militar de origen suizo, trabaja en las excavaciones desde julio de 1750 hasta su muerte en 1764. M. F. Represa, op. cit., 1987, p. 49 y 50.

(15) G. Anes: "Don Carlos en Italia" en *Carlos III en Italia*, Madrid, 1988, p. 17, n. 6.

(16) Calatrava Escobar: "El Descubrimiento de Pompeya y Herculano y sus repercusiones en la cultura ilustrada", *Fragmentos* 12-14, 1988, p. 84.

(17) J.J. Winckelmann: *Lettere de M. L'Abbe Winckelmann a M. le Comte de Brühl sur les Decouvertes d'Herculanium*, París, 1767, p. 26.

(18) Carta de Tanucci a Nefetti, el 9 de mayo de 1747, en la que le pide que le mande algunos libros en M. D'Addio, op. cit., p. 437, n. 26.

europas decide a Carlos de Borbón a trasladar a sus expensas desde Parma la colección y la biblioteca Farnese, que había heredado de su madre (19). En el Palacio de Capodimonte, que había empezado a construirse en 1738, se instala la galería de pinturas, y en el restaurado Palazzo degli Studi, la biblioteca (20).

A estas colecciones viene a sumarse el creciente número de antigüedades procedentes de Herculano, Pompeya y Estabia. La conveniencia de conservarlas y exponerlas para que puedan ser visitadas, hacen que en 1750 el Palacio Caramánico, que había sido incorporado al de Portici, se convierta en el Museo Ercolanese (21). Comienza de este modo a surgir un tipo de institución especializada en el estudio y conservación de las antigüedades, que habrá de crear un nuevo modelo a seguir en otros países de Europa.

Para dirigir el museo se elige al pintor Camilo Paderni, pero es Tanucci quien toma todas las decisiones importantes. Los fondos se organizan en torno a dos secciones: la colección de pinturas y el resto de los objetos, que son expuestos por temas (22).

Además de ello se dispone la instalación de servicios especializados como el de restauración, que se enfrenta con problemas de consolidación de las pinturas, empleo de ciertos barnices, restitución de partes dañadas en las esculturas, conservación de la patina, integridad de los papiros y muchos otros que dan lugar a encendidas polémicas. También en este aspecto podemos decir que el modelo de Carlos de Borbón y Tanucci se anticipa con mucho a lo que se hará más tarde en otros museos.

Uno de los temas más importantes que se solventa con la participación directa del rey dio lugar a la recuperación de un abundante número de textos clásicos desconocidos. En 1753, ante los intentos infructuosos de desenrollar los papiros procedentes de la villa de los Pisones, la Casa Real solicita ayuda del director de la Biblioteca Vaticana, que envía a Nápoles al escolapio Antonio Piaggio (23). Ayudado por una máquina de su invención empieza a trabajar en el libro IV de la obra *Sobre la Música* de Filodemo. Según diferentes testimonios, el interés del rey por donar nuevos textos a la “República de las Letras” es tan grande que, cuando está la Corte en Portici, acude dos veces a la semana para ver los progresos de Piaggio (24).

LA ACADEMIA ERCOLANESE Y LA PUBLICACIÓN DE LAS ANTICHTITA

Tras el fracaso que supuso la obra del erudito parmesano Antonio Bayardi

(19) Conde de Fernán Núñez: *Vida del Rey Don Carlos III*, Madrid, 1898, T. I, p. 40.

(20) A. Ferrer del Río: *Historia del reinado de Carlos III de España*, Madrid, 1856, T. I, p. 225. B. Maiuri, *Le Musée National*, Nápoles, 1959, p. 4.

(21) A. de Franciscis: *Il Museo Nazionale di Napoli*, Nápoles, 1963, p. 40 y ss.

(22) M. F. Represa: op. cit., 1988, p. 14.

(23) A. Gigante: “Los papiros de Herculano”, *Carlos III y la Ilustración*, Madrid 1988, vol. I, p. 386.

(24) M. Gigante: “Carlo III e i Papiri Ercolanese”, en *I Borbone di Napoli e I Borbone di Spagna*, Nápoles 1985, vol. I, p. 221.

(25), el rey funda en 1755 la Academia Ercolanese (26), que nace con el encargo de publicar los resultados de las excavaciones. Formada por quince miembros y presidida por Tanucci, editan en ocho volúmenes *Le Antichità di Ercolano esposte* entre 1757 y 1792 (27).

En los trabajos preparatorios del primer volumen, titulado *Le pitture antiche d'Ercolano*, participó el rey activamente, según cuenta en una carta el arquitecto Luigi Vanvitelli, al que el rey encargó el diseño de las letras capitales (28).

La ansiedad con que se esperaba la publicación de los tomos con los grabados de los descubrimientos iba en aumento, y todos aquellos que, interesados en el tema, no podían desplazarse a Nápoles tenían que conformarse con ilustraciones que reproducían piezas dibujadas de memoria (29). Ya desde el final de la Edad Media, y sobre todo desde el Renacimiento, la importancia de los grabados de monumentos y escultura antiguos juega un papel fundamental en la formación de los artistas europeos, en el conocimiento de otras obras y estilos y en la difusión de temas diversos (30). El viaje de pintores, escultores y arquitectos, promocionado por las Academias, a las fuentes del mundo clásico tiene como resultado, aparte de la propia experiencia y conocimiento adquiridos por cada uno, el aumento de este repertorio iconográfico (31). Ello explica el enorme interés por burlar la prohibición de tomar notas y de dibujar en el Museo Herculanense, lo que se logró en algunos casos, a pesar del enorme celo con que se trataba de que la publicación de los descubrimientos y su estudio estuviese reservada a los académicos napolitanos (32).

Debido a la difusión de lo que se iba filtrando entre los estudiosos, la influencia de los tomos de las *Antichità* no será, pues, tan importante como en un principio se hubiera podido esperar. Según el testimonio del arquitecto romano Luigi Vanvitelli, sus dibujos del palacio de Caserta causaron más interés en Francia que el primer volumen de pinturas de las *Antichità* (33). Quizá contara en ello un cierto cansancio, pues si se tiene en cuenta que el descubrimiento del teatro de Herculano se produjo en enero de 1736, hubo que esperar casi veinte años para conocer la pintura y casi otros tantos para seguir la edición de los restantes volúmenes.

(25) Carta del marqués de Caracciolo en agosto de 1758, sobre el fracaso de la obra de Bayardi, M. D'Addio, op. cit., p. 716.

(26) Fundada el 13 de diciembre de 1755. M. Gigante, op. cit., 1985, pp. 232-233.

(27) El precio de la edición ascendió a 8.000 ducados napolitanos. E. C. Conte Corti, op. cit., p. 171 y ss.

(28) Gigante, op. cit., 1985, p. 234, n. 54.

(29) Calatrava Escobar, op. cit., p. 91.

(30) Carta del 24 de mayo de 1758. M. Gigante, op. cit., 1985, p. 238.

(31) M. Greenhalgh, *La tradición clásica en el arte*, Madrid, 1987, p. 214 y ss.

(32) En el prólogo del primer volumen los académicos agradecen al rey la exclusiva para publicar los descubrimientos. *Le pitture antiche d'Ercolano*, T. I, Nápoles, 1757.

(33) El mismo Tanucci se queja de la indiferencia francesa. M. Gigante, op. cit., 1985, p. 238.

En cambio, las versiones que los distintos viajeros daban de las ciudades del Vesubio originó un verdadero cúmulo de obras, bien como relatos de viaje, bien como cartas escritas para ser publicadas. El caso más interesante es el de Winckelmann, que, acostumbrado a trabajar para su *Historia del arte en la Antigüedad* con obras de arte conocidas desde antiguo y conservadas en las grandes colecciones romanas, no podía sin embargo acceder a las novedades salidas de Herculano y Pompeya (34). Esto explica la dureza con que se refiere a todo lo relacionado con estas excavaciones y que favoreció la creación de una opinión adversa entre los círculos ilustrados.

PARTIDA DEL REY A ESPAÑA

Un momento decisivo en el proceso de descubrimiento de Herculano y Pompeya, así como de la larga sucesión de consecuencias que ello trae consigo, tiene lugar cuando, en 1759, Carlos de Borbón abandona Nápoles para ser nombrado rey de España. Queda en manos de Tanucci la continuación de una empresa arqueológica única y sin precedentes, que bien puede considerarse como el primer intento de excavación organizada y metódica que se conoce. En ningún lugar de la Europa ilustrada se emprendieron los trabajos con tantos medios y tanta voluntad de servir a la Ciencia y al conocimiento de la Antigüedad como en el caso de estas ciudades.

Pero al mismo tiempo, con el Museo Ercolanese nace el primer museo monográfico dedicado a la Arqueología y el primero que se monta en función de unas excavaciones y de sus necesidades.

La experiencia y resultados obtenidos en sus años de Nápoles hacen que el interés real por la Arqueología no se agote con las excavaciones de las anteriores ciudades; volveremos a verlo cuando, como rey de España, Carlos III promoció las excavaciones de la ciudad maya de Palenque, donde de algún modo reproduce el modelo empleado para dar a conocer a la Ciencia unas culturas antiguas totalmente ignoradas hasta el momento (35).

(34) 13 de mayo de 1758, carta a M. Bianconi. J.J. Winckelmann, *Lettere italiane*, Milán, 1961, pp. 88-91.

(35) P. Cabello Carro: *Política investigadora de la época Carlos III en el área Maya*, Madrid, 1992, p. 34.